

de estos libros están en los idiomas latino, y
extrangeros, otros son voluminosos, y otros son
de mucho costo para la gente pobre, por lo
que deseaba ansiosamente que se escribiese
alguna obrita en nuestro idioma vulgar, y de
poco precio. Pero como de todas las defensas
de la religion, que han llegado á mis manos, y
de que he tenido noticia, ninguna es conforme
á mis deseos, resolví (á pesar de mi suma ig-
norancia) trabajar este pequeño escrito, arro-
jándome en los brazos de la Providencia, pa-
ra que me comunicáse las luces necesarias.
He procurado por lo mismo compendiar en
cuanto me ha sido posible, los fundamentos
que los teólogos llaman motivos de credibili-
dad, y proponer, y desvanecer algunas de las
principales objeciones y argumentos, que
oponen los enemigos del cristianismo.

Por tanto, hermanos míos muy amados,
recibid benignamente el obsequio que os pre-
senta no el entendimiento, sino la buena vo-
luntad de un hombre que dará su trabajo por
sobradamente compensado, con la reduccion
de algun infeliz que se haya extraviado del ca-
mino de la verdad, ó con que se evite el es-
travio de alguno que hubiese de descaminarse.

CONVERSACION PRIMERA.

Felix. Amado Victor, he venido volan-
do en alas de la amistad y del amor,
para estrecharte entre mis brazos despues
de una ausencia tan larga.

Victor. Felix queridísimo, no esperaba yo
menos del afecto que siempre me has pro-
fesado. ¿Vienes sin novedad? Dame pron-
to razon de los acontecimientos de tu via-
ge, que estoy impaciente por saberlos.

Fel. Si tú hubieras cedido á mis ins-
tancias, habrias sido testigo y partícipe de
ellos, y ahora me escusarias el trabajo de
referírtelos; pero te encaprichaste en no que-
rer acompañarme.

Vic. Confieso que ni tus persuasiones,
ni tus ruegos fueron bastantes á separarme
de aquí: porque cautivo en el imperio de

los deleites, estaba yo fuertemente atado con las cadenas de una pasión, que me tenía sin movimiento y sin juicio. Yo creía hallar la felicidad en el centro mismo de la desgracia; pero una providencia admirable me convirtió el veneno en antídoto: del fondo de mis tinieblas salió una luz, con que me iluminó, y obligó á la pasión que me esclavizaba á que me condujese como por la mano hasta las puertas de una libertad dichosa. ¡Ah días de pascua de Resurrección, en que la Iglesia celebra con las demostraciones más justas de alegría la victoria que el hombre Dios alcanzó sobre la muerte, sobre el pecado, y sobre el infierno, quedareis grabados en mi memoria con caracteres indelebles y eternos. Sí, Felix, en estos días memorables terminó la noche tenebrosa de mis desgracias, y comenzó á rayar la aurora de la mañana de mi felicidad. Porque....

Fel. Suspéndete: es preciso interrumpirte. ¿Qué extraña novedad es esta? Te compadezco al verte acometido de un frenesí furioso, que te ha trastornado el juicio.

Vic. Cuando tú me conociste era yo el

mayor loco é insensato; pero ahora estoy perfectamente cuerdo.

Fel. Ser demente y creerse cuerdo, es locura doble é incurable. O seguramente no eres tú aquel Victor que yo conocí, que con su carácter festivo y desembarazado era el alma de las tertulias, de los banquetes y de los saraos: que desde el trono de la alegría dictaba las leyes de los placeres, y que por su despreocupación en materias religiosas era estimado de todos. Pero en tí veo (permíteme que te lo diga) rasgos muy notables de melancolía y de fanatismo, que hacen á un hombre insociable.

Vic. Has dicho una verdad, que ya no soy yo el antiguo Victor; pero si tú me escucháras con serenidad, verías cuanta razón tengo para ser otro.

Fel. Pues yo sí soy tu mismo amigo Felix, y así para complacerte te oiré la causa de tu mudanza.

Vic. Consultaré á la brevedad para no serte molesto. Ha tres años, que en el primer día de la pascua de Resurrección concurrí en una visita en que un hombre car-

4
gado de años manifestó sinceramente su complacencia por un sermón elocuente, enérgico y lleno de unción que había oído predicar acerca de la festividad del día. Yo entonces, con el genio propio de un incrédulo, empecé á criticar los sermones, á hablar con desprecio de los eclesiásticos, y luego pasé á proponer maliciosamente dudas contra el misterio de la Resurrección. El sujeto que había elogiado el sermón, procuró con moderación y urbanidad satisfacer á mis dudas. Yo en tono de desprecio manifesté compasión por su candor y su credulidad en materias de religión.

De esto se picó una niña que estaba presente, cuya edad sería de quince á diez y seis años, de carácter vivo y penetrante; y tomando la palabra con venia del anciano, hizo una defensa breve y vigorosa de este misterio. Empeñado yo en la lucha al verme acometido tan valerosamente por una que creía mugercilla ignorante, locuaz, y temeraria, quise imponerle silencio, dejándola llena de confusión, y para el efecto propuse un argumento, que me pareció el mas poderoso contra la resurrección

5
ción de Jesucristo. Pero he aquí, que cuando yo esperaba ver á todos sorprendidos, sintiendo solamente cantar el triunfo sobre un enemigo que me parecía tan despreciable, yo quedé enteramente sorprendido: porque la niña me contestó tan fácil y enérgicamente, que no hallé razones con que sostenerme. Notaron todos mi sorpresa, y al momento resonó en la concurrencia la voz del aplauso. Me es imposible significarte cuanto fué mi bochorno, y las furias que me devoraban. Pero aparentando serenidad, y cuan poco aprecio me merecía su contestación, le respondí: niña, ningún honor me puede producir el convencer y confundir á un enemigo tan flaco. Todos conocerán, que V. por su sexo y por su edad, debe entender solamente de almohadilla, y de cocina. Para que yo consiguiera alguna gloria, quisiera que estuviera presente y tomara defensa de la causa de V. el clérigo, ó fraile fanático con quien se confiesa, y que la tiene tan infatuada. Entonces uno de los concurrentes me dijo: el confesor de esta niña, como docto y prudente, le ha aconsejado la lectura de

libros piadosos, especialmente los que se han escrito en defensa de la religion, para que le sirvan de preservativo contra el veneno mortifero de la incredulidad y falsa filosofia de que abundan esa multitud de folletos, y de papeles pestilenciales que circulan por todas partes, y que solicitan y leen ansiosamente personas que desprecian las prohibiciones de la Iglesia, y se tragan serenamente las excomuniones mas terribles. Á la práctica de estos consejos del confesor, ha cooperado la solicitud y el esmero del padre de esta niña, en todo lo conducente á una educacion verdaderamente cristiana. No es de los padres de moda, que tanto descuidan de esta obligacion importantisima; y ántes bien con sus costumbres depravadas corrompen el corazon inocente de sus hijos, y que se empeñan solamente en que sepan bailar, vestirse al estilo del dia, y usar de artificios y de monerías para presentarse en las tertulias, en los paseos y espectáculos públicos, á fin de parecer bien, y llevarse la atencion de otros insensatos y locos como ellos: y no faltan algunos padres crueles que

ponen en las manos de sus hijos novelas obscenas y ponzoñosas, y esos libros impíos, con el pretexto de ilustracion y de civilizacion. Finalmente, Señor mio, la niña ha llevado la palma del triunfo, y la falta de razones en V. para rebatirla, la ha suplido con espresiones groseras y arrogantes. Yo no puedo permitir que á mi casa vengan los profesores de la filosofia del nuevo cuño, y así tenga V. la bondad de tomar la puerta.

Amigo, no hallo palabras con que explicarte el sonrojo y la exasperacion con que salí de aquella casa, y con que pasé lo restante de aquel dia, cuyas horas se me hacian eternas; porque deseaba vivamente que llegara la noche para encontrar consuelo en la visita de una niña que estaba próxima á desposarse conmigo. Ella era virtuosa, y adornada de unas circunstancias que la hacian digna de mejor suerte. Pero si hasta entre los cristianos hay tantos que aspiran al matrimonio por fines muy opuestos á la santidad de este sacramento, que consultan solamente con su pasion, y no con Dios, sin cuya bendicion no pue-

den cumplir las obligaciones estrechas de este estado, ni ser felices en él. ¿Qué fines rectos se propondría un hombre como yo, que se burlaba de Dios, de sus sacramentos, y su religion, teniendo todo esto por una invencion humana, y una fábula?

Fuí en efecto á la visita, y entrando en la casa saludé espresivamente: pero ¡cuanta fué mi sorpresa al ver á la niña sumergida en el silencio, y que en su semblante se estaba retratando la displicencia y la indignacion! Su padre me contestó con sequedad, y á continuacion me dijo: Señor mio, es incomprendible como los incrédulos tengan la insolencia de insultar á los cristianos con el nombre de hipócritas, siendo así que ellos cubren sus engaños con la máscara de la hipocresía; y si nó, pregunte V. á su misma conciencia, y verá lo que le responde.

Yo le dije: pues qué, Señor, ¿yo soy incrédulo y uso de engaño? Sí Señor, me contestó la niña: en la casa en que V. concurre hoy, con escándalo de los circunstantes ha impugnado V. la religion, y ha blasfemado sacrilegamente. Con apariencias de

religion habia V. conseguido inclinar mi voluntad, y la de mi padre, á que nos enlazásemos con un matrimonio honesto; pero ahora estoy resuelta á entregarme primero en las garras de un tigre devorador, que dar á V. mi mano. Entonces añadió su padre: en efecto, es menor mal, porque es imponderablemente mas preciosa la vida del alma, que la del cuerpo. A V. le es mas conveniente desposarse con una dama de su opinion, pues no faltan algunas, que se hayan hecho filósofas incrédulas por entrar en moda. Y así desde este momento se acaba para siempre nuestra amistad.

¡Ay Felix! el bochorno, el furor y la desesperacion se apoderaron de mí, al ver en un mismo día mi soberbia y mi orgullo humillados por una muger de pocos años, en una disputa en que creia yo salir triunfador glorioso, y al ver que mis esperanzas de conseguir la mano de la niña quedaron desvanecidas como el humo con un tracan: y tanto mas me contristaba esta pérdida, cuanto la pasion y el interes eran los móviles de esta pretension. Para abreviar, yo volvia los ojos á todas

partes, y en todo el universo no hallaba un indicio de consuelo; y solo creí encontrarlo en el medio que persuade esa filosofía bárbara é inhumana, de darse el hombre la muerte á sí mismo, cuando la vida se le hace enfadosa y pesada.

En efecto, entrando en casa, y agitado de furias infernales, me resolví á ser víctima infeliz de mi adversidad y de mi desesperacion, y con un puñal me herí el pecho, deseando que por aquella puerta huiera una vida que me era ya insoportable; pero un Dios de misericordia, ese mismo de quien tantas veces me he burlado, triunfando de mi obstinacion, quiso todavia conservarme, para que mi alma perversa no bajara dentro de pocos momentos á los calabozos eternos. Las angustias, mensageras de la muerte, me hicieron prorumpir en algunas voces lastimeras: ocurrió el único criado que me servía y acompañaba, y al verme en la situacion deplorable en que estaba, convocó á los vecinos: éstos, compadecidos de mi desgracia y de mi necesidad, me proporcionaron los auxilios del cuerpo para mi pronta curacion; y con prefe-

rencia cuidaron del bien de mi alma, trayéndome un sacerdote que pasaba no lejos de mi casa. Despues de instruido de mi atentado, se acercó á mí, y con palabras llenas de dulzura procuraba consolarme, franqueándome los tesoros de la sangre y méritos de Jesucristo. Yo entonces, con semblante en que se dejaba ver la rabia que me devoraba, le dije: Padre, el mayor consuelo que V. me puede dar, es separarse de aquí: porque aborrezco entrañablemente á todo sacerdote, y veo con el desprecio que es debido todas esas ilusiones con que la Iglesia se empeña en engañar á los hombres, especialmente en las últimas horas de la vida: yo hasta la muerte mantendré el caracter de fortaleza propio de un filósofo despreocupado, que se burla de las invenciones del cristianismo. El sacerdote conmovido, y animado del zelo que es efecto de la caridad, me dijo: Señor, aunque el hombre haya tenido la desgracia de apartarse del camino de la verdad y de la virtud, seria suma demencia llevar la rebeldía y la obstinacion hasta el sepulcro. De las mismas sombras de la muerte ha

nacido una luz brillante con que se han iluminado muchos entendimientos tenebrosos; y esta luz, como la del fuego junto á la cera, ha tenido eficacia para ablandar los corazones empedernidos. V. nada perderá con volver al seno de la religion, y acogerse en la borrasca peligrosa de la muerte al puerto de la misericordia del Redentor. No será el primero que habiendo desertado de las banderas de la fe, se haya vuelto á alistarse bajo de ellas en este terrible trance. La muerte es la mejor escuela de la sabiduría y de la prudencia: en ella se aprenden lecciones muy interesantes, se forma de las cosas un juicio muy diverso del que se ha formado en el teatro de la vida, se corre el velo negro y denso que ocultaba al entendimiento las verdades de mas importancia, y se hacen en fin resoluciones para que habia faltado valor en el tiempo de la salud, en el que solas las pasiones y los caprichos imperaban despóticamente. Padre, le contesté: V. se ha empeñado en aligerarme los pocos momentos que me restan, con reflexiones fanáticas que me trastornan. Yo estoy resuelto á termi-

nar mi vida en los brazos de la desesperacion. Entonces, arrebatado el padre de un zelo santo me dijo: Señor, las circunstancias críticas en que V. se halla, no permiten que entremos en una disputa, en la que convenceria á V. de las verdades de que le hablo: vuelva V. sobre sí, téngase compasion, y advierta que se trata del negocio de su alma, que ya está próxima á sumergirse en el abismo insondable de la eternidad, donde lamentará con lágrimas irremediables los extravios á que lo ha conducido la falsa filosofia.

Estas palabras hirieron mi corazon con la vehemencia de un rayo: yo quedé como aletargado: y allá en mi interior me pareció que oía una voz que me decia: ahora que tu cuerpo está lánguido y abatido, sientes en tu alma un vigor y una viveza como nunca; esta es prueba de que es inmortal, y los esfuerzos que hace para no separarse del cuerpo, son efectos del temor del infierno que la espera, cuyas penas ya ha comenzado á sentir en esas amarguras y en esos remordimientos que tan cruelmente la atormentan. En esto prorumpí:

pi involuntariamente estas palabras: Padre, ya es tarde. ¿Cómo hacer en este trance una buena confesion de tantos crímenes y maldades que forman el tejido de mi licenciosa vida? ¿Cómo hallar sin el prévio y necesario examen el hilo de mi conciencia tan enmarañada? Me he perdido para siempre. Hijo mio, me respondió el padre enternecido: aun es tiempo oportuno. En todo momento están abiertas las puertas de la misericordia divina para recibir al pecador: si ahora no puede hacer una completa enumeracion de sus culpas, Dios se contenta con que arrepentido ocurra á su clemencia, y como un hijo, que conoce la bondad de su padre, se arroje confiado á sus pies, hablándole con el idioma de las lágrimas y el dolor. Pero ¿cómo, le dije, hallaré clemencia en un Dios justiciero cuyo nombre he blasfemado, y de cuyo culto he procurado apartar á otros, especialmente al desventurado jóven Felix, que incautamente dió crédito á mis discursos seductores? Hijo mio amadísimo, añadió el padre, la misericordia del Señor es infinita, y la sangre de Jesucristo tiene virtud

y eficacia para borrar y lavar todos los pecados del mundo, y de mil mundos que hubiera llenos de crímenes los mas horrendos. Yo le aseguro con toda certeza, que una confesion, acompañada de un arrepentimiento verdadero, romperá las cadenas de las culpas, y su alma volará de las tinieblas de la muerte, á los resplandores de la vida eterna: y en fin, me dijo palabras tan enérgicas, que me inspiraban consuelo y confianza. A todo esto añadía yo esta reflexion: si mi alma es mortal, entrará en el abismo de la nada, pero si es inmortal entrará en el abismo de los tormentos sempiternos por mi incredulidad y mi obstinacion. Pues la prudencia dicta que yo abraze el partido mas seguro, que es volver al cristianismo, detestar mis errores, y confesar mis iniquidades á este sacerdote caritativo, que es el ángel de reconciliacion que me ha enviado el Dios misericordioso. Entonces, no pudiendo resistir mas mi corazón, me entregué enteramente á la direccion del padre, hice la protesta de la fe, y confesé por mayor, y como en globo, como lo exigia mi peligroso estado, mis iniquidades, con lágrimas

amargas de penitencia, que me fueron mas dulces que todos los placeres y las delicias de mi vida criminal; y luego que fui absuelto, sentí que se derramaba sobre mi espíritu el bálsamo de la consolacion, que me produjo una paz y una quietud que jamas podré explicar. Besé humildemente, y humedecí con mi llanto la mano de aquel padre y bienhechor mio, y le di las gracias mas espresivas por la caridad que habia usado conmigo. Él me dijo: dadlas, hijo mio, á Jesucristo: yo no he sido mas que el instrumento de sus misericordias, y su Magestad ha sido el autor de esta obra grandiosa, que tendria en espectacion á los ángeles del cielo, que ya estarán celebrando esta conversion, conforme á lo que nos ha enseñado nuestro Salvador. Finalmente, el padre se despidió amorosamente de mí.

En los demas dias de mi difícil curacion me estuvo visitando, y socorriendo espiritual y corporalmente, porque mis vicios me habian reducido á la última miseria: y cuando me vió restablecido, procuró con discursos sólidos y eficaces calmar mis inquietudes, y convencerme plenamente de

la verdad de la religion cristiana, dándome tambien algunos libros de los muchos que se han escrito en su defensa. Esta es, Felix, en compendio la historia de la desgracia eterna á que me iba á arrastrar esa filosofia falsa, licenciosa, y enemiga capital de sus secuaces, y esta ha sido la causa de mi mudanza venturosa. Ojalá que así como mis malos consejos y mis peores ejemplos te apartaron de las sendas de la religion y de la virtud, el ejemplar que ahora ves en mí te conduzca á una conversion feliz. Postrado á tus pies, te ruego encarecidamente me concedas este único bien que espero en la tierra, para terminar la carrera de mis dias en los brazos de la paz y del consuelo. ¿Qué me respondes, Felix amado?

Fel. Párate, y toma asiento, Victor, que este es negocio que pide mas tiempo para tratarse. Si tú te has mudado por los discursos de un clérigo fanático, y por la lectura de unos libros despreciables, escritos por hombres ignorantes y preocupados: yo no me he de mudar, porque estoy bien convencido de la falsedad del cristianismo, por principios luminosos, que han asentado

en sus escritos hombres despreocupados, de grandes talentos, y de una sabiduría y erudición verdaderamente admirables.

Vic. Es preciso hablarte con la franqueza que me caracteriza. El Dios vengador, por ocultos juicios de su incomprensible sabiduría, y en castigo de los enormísimos delitos á que sin rubor ni vergüenza se habian entregado, permitió se pusiese un velo denso sobre los ojos de ciertos hombres pervertidos, negándoles por otra parte, y muy justamente, la luz brillante y hermosa con que hubieran podido creer sin vacilacion ni duda los misterios de la fe. Ellos, palpando solo tinieblas, cayeron en el abismo de mil delirios y errores. Tales son Hobbes, Espinosa, Toland, y Bayle: á estos han seguido Collins, Voolston, Voltaire, D' Alambert, Diderot, y otros muchos, que enarbolaron el estandarte de la apostasia y de la impiedad. Algunos de estos, levantando su frente osada, han dicho con voz sacrilega: *no hay Dios*. Los otros, creyendo obrar con mas prudencia, admiten la existencia del Ser Supremo; pero se fingen un Dios ocioso, indiferente, é insensible, que no

cuida del gobierno del universo, que no premia la virtud, ni castiga el vicio. Unos y otros se han empeñado en negar la religion manifestada por Dios á los hombres, declarando al cristianismo la guerra mas sangrienta con la bateria de sofismas, falsedades, calumnias, sátiras, sarcasmos, é improperios, adornados con las flores de la elocuencia, y sazonados con la sal de chistes, bufonadas y chocarrerias, en lugar de fundamentos y razones sólidas.

Llaman á los tiempos que han precedido á su existencia, siglos de las tinieblas y de la barbarie: y á nuestros mayores y antepasados los desprecian como á ignorantes é idiotas: y solo les merecen consideracion los que dieron los primeros pasos en el camino de la irreligion y del libertinage. Ellos descaradamente se apropian el recomendable nombre de filósofos, y se jactan de ser los maestros y los ilustradores de todos los hombres. No todos ellos tuvieron esos talentos tan sublimes, ni esa ciencia tan ponderada. Algunos no escribieron cosas útiles; sino positivamente perniciosas, y otros, aunque di-